

Postmodernidad, cuerpo e identidad. Las distopías del no-lugar corporal

Postmodernity, body and identity. The dystopias of the body as a non-place

Azalea de la C. Santos Pulido

Universidad de Cienfuegos «Carlos Rafael Rodríguez», Cuba

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7376-3266>

Correo electrónico: aspulido@ucf.edu.cu

Eimy Fuentes Leandro

Universidad de Cienfuegos «Carlos Rafael Rodríguez», Cuba

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9244-6741>

Correo electrónico: efleandro@ucf.edu.cu

RESUMEN

Introducción: La idea del no-lugar, de definir al cuerpo mediante la negación y la carencia, a través de su vaciamiento, cobra pleno sentido en el contexto postmodernista, donde lo irracional posee lógica y las paradojas se aceptan como parte natural de las distopías personales.

Métodos: En este sentido, en el artículo se realiza un recorrido por las principales concepciones de algunos investigadores en relación a la temática de lo corporal y la categoría de cuerpo como no-lugar, desde varias esferas del conocimiento. Para ello, se emplean como métodos del nivel teórico, el histórico-lógico, el analítico-sintético y el inductivo deductivo. Como método empírico se utilizó el análisis de textos y como procedimiento de trabajo el análisis de contenidos.

Resultados: En la investigación se profundiza en los análisis de las teorías de aquellos estudiosos pertenecientes al estructuralismo y postestructuralismo, en las que se aprecia la reflexión no solo en tanto al cuerpo, sino también en cuanto al contexto postmoderno.

Conclusiones: La sociedad occidental, tan vinculada al fenómeno de lo veloz y lo espectacular, conecta la experiencia cotidiana hacia los no-lugares, por lo que, en los últimos años, desde esta perspectiva, el ámbito intelectual se ha enfrascado en el estudio del cuerpo, de sus diversos puntos de vista y configuraciones, de su relación con la creación de la identidad y de los entramados que conforma en la Modernidad y Postmodernidad.

PALABRAS CLAVE: Postmodernidad; cuerpo e identidad; no-lugar corporal.

ABSTRACT

Introduction: The concept of the non-place, which defines the body through negation, lack, and its depletion, gains full significance in the postmodernist context. In this context, irrationality holds logic, and paradoxes are embraced as natural elements of personal dystopias.

Methods: This article explores the main theories of various researchers regarding the body and its categorization as a non-place across different fields of knowledge. Theoretical methods such as historical-logical analysis, analytical-synthetic approaches, and inductive-deductive reasoning are employed. Empirically, text analysis and content analysis are utilized as research methods.

Results: This study delves into the theories put forth by scholars associated with structuralism and poststructuralism. It examines how these theories not only consider the body but also encompass the postmodern context.

Conclusions: Western society, closely intertwined with the phenomena of speed and spectacle, consistently experiences non-places. Therefore, in recent years, the intellectual sphere has extensively examined the body from various perspectives and configurations. This includes exploring its relationship with identity formation and the frameworks it constructs in both Modernity and Postmodernity.

KEYWORDS: Postmodernity; body and identity; non-place.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Concepción y/o diseño de investigación: Azalea de la C. Santos Pulido, Eimy Fuentes Leandro

Adquisición de datos: Azalea de la C. Santos Pulido, Eimy Fuentes Leandro

Análisis e interpretación de datos: Azalea de la C. Santos Pulido, Eimy Fuentes Leandro

Escritura y/o revisión del artículo: Azalea de la C. Santos Pulido, Eimy Fuentes Leandro

INTRODUCCIÓN

La llamada «crisis de la Modernidad» ha extendido sus garras sobre todas las esferas – materiales e inmateriales – con las que dialoga el ser humano y dentro de las cuales se mueve, produce y siente, limitado por su contexto y el horizonte de sus ideologías. La distorsión de las utopías de antaño y su consecuente deformación en un contexto que las niega o desenmascara como inalcanzables, ha conllevado a que cuestiones tales como el tiempo, el espacio y la propia identidad sean percibidas como «figuras del exceso» (Augé, 2000), vertiginosas y aglutinantes debido a la rapidez con que generan las más diversas significaciones y a la velocidad con que las sustituyen por nuevas metáforas que rijan la vida y establezcan la diferencia. En el caos representativo de la actualidad, es evidente que el cuerpo ocupa un lugar privilegiado, como prisma que refleja y, a la vez, refracta los poderosos símbolos de la sociedad de consumo.

La cultura occidental ha llevado a que las prácticas sobre lo corporal formen parte de la vida diaria de sus habitantes. La política del cuerpo que preconiza la sociedad consumista crea una estética que reescribe el cuerpo como primitivo o futurista, y que le permite ser leído y apreciado como obra, código o lenguaje no verbal comunicativo del nuevo siglo (Aguilar, 2006). La sociedad postindustrial emplea como modelo de referencia el arte tribal, donde a través de *piercings* y tatuajes se construyen identidades de carácter autónomo y ansias de diferenciación. La incidencia de actividades sobre el cuerpo se ha reconocido como un mecanismo de purga para las insatisfacciones que

genera el consumo, debido a la maleabilidad que ofrece el mismo como generador de significaciones (Fuentes, 2016).

A pesar del rol innegable para la definición de la identidad que representa hoy día la manera en que uno mismo percibe su propio cuerpo, y la forma en que los otros perciben el nuestro, el cuerpo solo ha sido rescatado recientemente de la inadvertencia en que se hallaba sumido por parte de las ciencias sociales, pues a pesar de su presencia como añeja metáfora referida a su papel secundario con respecto al alma, continuaba sentenciado a un profundo «silencio y olvido explicados en parte por el dominio del racionalismo, del dualismo cartesiano, por la idea de que el cuerpo no era más que un objeto, perteneciente a la naturaleza y no a la cultura» (Diz, 2015: 22).

DESARROLLO

Para la antropología, es el texto de Marcel Mauss sobre las *técnicas corporales*, en 1934, el que rescata al cuerpo de su representación meramente biologicista y natural y lo sitúa dentro del ámbito social y cultural. No obstante, no es hasta la década de 1970, y especialmente la década de 1980, que se consolida como campo de estudio perteneciente a las ciencias sociales, donde los enfoques estructuralistas y postestructuralistas, entre otros, «tendrán una incidencia mayor en el hacer antropológico, que repiensa ahora el cuerpo por la vía de las representaciones simbólicas, las prácticas disciplinarias o las formas discursivas» (Diz, 2015: 23). Así, pues, a partir de esta etapa, la llamada antropología del cuerpo se afianza como un área de especialización concomitante con la simbólica, a la par, se desarrollan numerosas perspectivas teóricas y metodológicas para el estudio de lo corporal (Trejo, 2015).

David Le Breton considera a los saberes y las representaciones del cuerpo como tributarios de un estado social y de una visión particular del mundo, dentro de la cual se construye la definición de la persona. Esta visión retoma al cuerpo como una construcción simbólica y no una realidad en sí mismo. Los debates actuales en torno al cuerpo potencian su fuerte contenido semiótico, capaz de convertirlo en una variable que se construye simbólicamente y socialmente, llegando a considerársele como todo un complejo signico, poseedor como tal de tres dimensiones: sintáctica, semántica y pragmática, que lo dotan de numerosas variables comunicativas y expresivas de valores que permean toda la acción del hombre. Desde el punto de vista semántico, se le concibe como connotador activo que «crea, organiza y transmite continuos mensajes que van de lo meramente pragmático, a lo estético y simbólico» (Finol, 2009: 128), por lo que se ha llegado, incluso, a la creación de un área de la semiótica dedicada a la reflexión del cuerpo en tanto signo: la semiótica del cuerpo (Fuentes, 2016).

La imbricación de varias esferas del conocimiento para la caracterización de lo corporal, como son la antropología, la historia, la sociología y la semiótica, no debe asombrar a quien se anime a emprender el estudio de lo corporal. Toda investigación que pretenda

adoptarlo como su objeto de estudio, debe precisar que, al ser trabajado desde las «ciencias duras» hasta el arte y la literatura, el cuerpo exige para su análisis una perspectiva interdisciplinaria. Por ello, aunque su fragmentación sea posible a efectos didácticos para ofrecer el panorama de un campo de conocimientos específico, en última instancia no resulta lo más conveniente para el análisis de su significación completa y social. En la actualidad, pues, los estudios interdisciplinarios constituyen la postura teórico-metodológica rectora con respecto a la corporalidad, al condensar en una misma investigación perspectivas de análisis provenientes de distintas ramas del saber, capaces de retroalimentarse entre sí (Ayús, 2008).

Si bien el análisis de las diversas construcciones simbólicas del cuerpo ha de realizarse sobre el entramado de representaciones que aportan las numerosas vertientes de las ciencias sociales, como objeto de estudio antropológico está estrechamente ligado al contexto en el cual se le examina. Cada nueva etapa conduce a la creación de nuevos símbolos que la representen. Sobre la base de los símbolos precedentes es que se crean los «nuevos» o se reciclan los «viejos», adoptando un nuevo espectro significacional. El contexto es quien determina el carácter de dichos símbolos, que a su vez son refracción de las características y contradicciones que la propia etapa encierra. Consecuentemente, a partir del análisis de las diversas construcciones simbólicas de una etapa podemos arribar a una proyección holística e integradora de la misma.

Al considerarse al cuerpo como signo, por tanto, se reconoce que su construcción, proyección y valoración fluctúan en dependencia de las determinantes histórico-sociales y culturales de la etapa. Dicha relación se establece de forma dinámica y dialéctica, pues no solo el contexto influye en la conformación del cuerpo en tanto símbolo, sino que la manera de asumir lo corporal influye en la construcción de los imaginarios que, a la larga, son parte integrante de la cosmovisión de una época. Al respecto, Roy Porter (1996) precisa que el cuerpo debe considerarse de la manera en que se le experimenta y es expresado dentro de sistemas culturales concretos que cambian con el paso del tiempo; no como algo biológicamente dado, sino mediado por sistemas de signos culturales.

Una vez establecida la relación entre las variadas significaciones que puede adoptar el cuerpo y el contexto en el cual se le analiza, resulta destacable que la crisis de la modernidad haya coincidido temporalmente con el momento en que se produce un vuelco hacia lo corporal, no solo desde las ciencias sociales, sino desde el terreno de las artes.¹ La confrontación de los valores y costumbres con las nuevas representaciones simbólicas generaron una transformación profunda y contradictoria en el seno de la sociedad, que al asumir nuevos modelos representacionales también asumió nuevos cánones que rigieran su conducta:

¹ Cabe señalar que tanto la modernidad como la postmodernidad provienen de movimientos artísticos y estéticos definidos: el modernismo y el postmodernismo, de ahí que la relación entre lo manifiesto en el terreno de las artes y las nuevas maneras de conceptualizar y simbolizar en la sociedad sea realmente estrecha.

La crisis del modernismo, evidente a partir de los años sesenta del siglo XX, no solo ha implicado transformaciones estéticas, sino que ha significado una crisis del sentido. Dicha crisis no sólo ha significado una política de la indiferencia, sino la posibilidad de hacer emerger un pensamiento de la diferencia que imaginó nuevos modos de intervención política y cultural. En ese amplio espectro el cuerpo ocupó un lugar destacado. Sede de las pasiones, sospechado de ser una fuente permanente de corrupción para la voluntad de la razón, el cuerpo transformó sus estigmas en una potencia imprevisible y desestabilizante de categorías políticas y órdenes estéticos. (Cámara, 2009: 7)

Hasta entonces, el cuerpo había descansado en la razón y en las políticas identitarias modernas, que se desestabilizan ante el cuestionamiento de la existencia real de un espacio que permita la transparencia absoluta de las identidades; espacio que pasa a ser considerado ficción y causa de las catástrofes totalitarias del siglo XX. Por tanto, el cuerpo se redimensiona como elemento desestabilizador en esta nueva etapa en formación, llamado a convertirse en lo siniestro de la Modernidad y destinado a construirle nuevos rostros.

A partir de los años de 1970, comienza a emplearse en el mundo intelectual de Occidente el concepto de «postmodernismo» en el terreno de las ideas filosóficas, donde se convierte rápidamente en el centro de atención de los filósofos y teóricos sociales. Si bien en la Modernidad el cuerpo es el contenedor de los pensamientos, sujeto paciente y no agente creador, la Postmodernidad, como antinomia de lo moderno, retoma el cuerpo y lo convierte en el centro de sus desvelos. Pareciera que todos los quehaceres y preocupaciones del hombre postmoderno giraran en torno al cuerpo, en un contexto que niega las nociones de libertad y progreso y que disuelve al sujeto como creador de sus circunstancias. A partir de este momento, cada sujeto narra su propia historia desde su perspectiva individual, en aras de buscar la autenticidad a través de la diferencia como reacción a una sociedad que preconiza el dominio de los *mass media*, «donde la información coloca a los sujetos en condiciones de igualdad, de donde parte la consideración de la muerte o fin de las clases sociales, y donde se instauran las condiciones para ser cabalmente nihilista» (Cano, 2002: 258).

La Postmodernidad, como realidad que se crea sobre la deconstrucción de la sociedad moderna, no solo coloca al cuerpo en el centro de sus polémicas, sino que enfatiza en la relación que lo corporal establece con las nociones de identidad de los individuos. En este contexto, definir el concepto de identidad y convertir al cuerpo en su receptáculo se traduce en un esfuerzo por ampliar los horizontes y aceptar la diferencia desde una perspectiva dialéctica, en un continuo proceso de innovación, caducidad y cambio. Si se toma como referencia el binomio cuerpo-identidad, al momento se percibe la existencia de otro tan interiorizado como el anterior: el de cuerpo-lugar.

La mayoría de los intelectuales, críticos e investigadores identifican al cuerpo en sus reflexiones con nociones de la espacialidad. La *cuasi* totalidad de la bibliografía actual define, desde sus primeras líneas, al cuerpo como *lugar, sitio, territorio, sede* del tema que se desee desarrollar (por ejemplo, cuestiones de género, sexualidad, mecanismos de poder, clase, salud, entre otros). La metáfora espacial dota al cuerpo de su propio lugar en el mundo, donde pueden definirse límites, fronteras, mapas, geografías e itinerarios personales. Tal como se le concibe, es «*a site of cultural inscription and therefore of potential social change*» (Probyn, 2005: 62). A menudo, en el espacio que posee el cuerpo es donde se construye e integra la identidad, por lo que podría especularse sobre la formación jerárquicamente superior de un trinomio cuerpo-lugar-identidad.

Aunque en la actualidad se potencia la comprensión holística de los sucesos, el propio caso de la Postmodernidad, que se define por antinomia a la Modernidad, demuestra que las dualidades o pares opuestos son aún un método fomentado y satisfactorio para los estudiosos, por lo que no debe extrañar que, ante la proliferación de definiciones del cuerpo como lugar, aparezca la categoría de no-lugar asociada al mismo.

La visión de los no-lugares fue introducida en 1992 por Marc Augé, en su libro *Los «no lugares», espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. En primera instancia, atribuye la posibilidad de constituirse en *lugar* o *no-lugar* a los espacios geográficos, para lo cual establece como parámetro diferenciador entre ambos a la presencia o ausencia de un sentimiento de identidad por parte del sujeto, que los percibe de una u otra manera. Sobre esa base, el *lugar* es donde habitan las identidades individuales y colectivas, un espacio donde permanecen los vínculos históricos entre ocupantes y territorio y donde se establecen correspondencias entre los individuos; el *lugar* se instituye como un concepto claro, estable y bien delimitado, como espacio en el que perduran las relaciones y los símbolos. Por el contrario, el *no-lugar* es un espacio de tránsito, en el cual no existen condiciones para que se produzcan o afiancen los sentimientos de identidad que generan los *lugares*. Así, el *no-lugar*, por antinomia, es un concepto efímero, mutable y relativo, como un contenedor vacío y, por tanto, susceptible de adquirir todo tipo de significaciones pasajeras (Augé, 2000).

Si bien Augé se enfoca en el análisis de los lugares y no-lugares desde su perspectiva geográfica, no deja de reconocer la relación que se establece entre el cuerpo y la espacialidad:

El cuerpo humano mismo es concebido como una porción de espacio, con sus fronteras, sus centros vitales, sus defensas y sus debilidades, su coraza y sus defectos. Al menos en el plano de la imaginación (pero que se confunde en numerosas culturas con el de la simbólica social), el cuerpo es un espacio compuesto y jerarquizado que puede recibir una carga desde el exterior. Tenemos ejemplos de territorios pensados a imagen del cuerpo humano, pero, a la inversa, también el cuerpo humano es pensado como un territorio, en forma bastante generalizada. (Augé, 2000: 66)

Este investigador considera que ciertas partes del cuerpo son concebidas como representaciones autónomas de una presencia ancestral que las convierten en objeto de cultos específicos. Según su parecer, esto conlleva a que el cuerpo se vuelva un conjunto de lugares de culto, que se expresarán en correspondencia con la construcción del espacio que les rodea. La complejidad, por tanto, de considerar al cuerpo como lugar o no-lugar, radica sobre todo en la diversidad y relatividad de las interpretaciones, debido a que:

el lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación. (Augé, 2000: 84)

Así pues, el cuerpo como no-lugar se configura, paradójicamente, como el lugar por excelencia para volcar contenidos de las más variadas procedencias. La confusión identitaria y el abandono del sentido de lo propio, característicos del contexto posmodernista, vacían de significación a la imagen corporal, a la vez que es llenada con una construcción simbólica ajena al habitante; es decir, el cuerpo se construirá a partir de factores externos pertenecientes al contexto, en detrimento de aquellos factores internos que se correspondan con el sentido y reconocimiento de una identidad propia. De esta manera, el cuerpo pasaría a formar parte de un imaginario profundamente estereotipado, donde cada opción estaría catalogada en todas sus variaciones y atada a un sentido específico, por lo que el individuo, más que construir su identidad mediante sus experiencias y reflejar las diatribas que aparezcan en este proceso a través de una manera particular de asumir y expresar su propia corporalidad, realiza el proceso a la inversa; en otras palabras, prefiere escoger una de las variadas opciones que la Postmodernidad ofrece y atenerse a ella, construyendo su identidad a partir de lo corporal y no lo corporal sobre las bases de su identidad.

A pesar de que, en numerosas ocasiones, la bibliografía propone y desarrolla ideas que concommitan con las expuestas, hasta el momento la búsqueda solo ha arrojado una investigación previa que se centre en el análisis del cuerpo como no-lugar. Basándose, por supuesto, en los postulados de Marc Augé, Marisa Vadillo Rodríguez (2009) incursiona en el tema con su artículo «La deconstrucción del cuerpo femenino: el no-lugar en el arte». La investigadora plantea que el no-lugar ha estado vinculado durante siglos a territorios simbólicos muy poderosos provenientes del mundo de las artes. Su tesis reside en considerar que la imagen de la mujer fue recreada como no-lugar en casi toda la práctica artística antigua de occidente, casi nunca considerada como lugar autónomo, sino «como un desierto sin identidad en el que volcar numerosos contenidos semánticos ajenos a ella». Aunque ceñido al ámbito de la representación artística, dicho artículo explora las categorías de lugar y no-lugar, y establece la pertinencia de aplicar el término para el estudio de lo corporal a un nivel más abarcador.

En este sentido, la revisión de la literatura existente sobre este tema apunta a que la mayoría de las investigaciones realizadas son artículos aislados o tesis doctorales que tratan las cuestiones anteriores aplicadas a otros objetos, donde el cuerpo, la identidad y la Postmodernidad son mencionados de manera periférica, o solo uno de ellos es el foco de la investigación. No obstante, algunos son válidos de destacar por los aportes que realizan sobre el tema y el campo que delimitan para su estudio.

En su libro *Antropología del cuerpo y modernidad*, David Le Breton (2002) realiza un estudio del mundo moderno desde una perspectiva antropológica y sociológica, tomando al cuerpo como hilo conductor al destacar las marcas más significativas en su concepción y en su estado actual. Le Breton plantea que en las sociedades occidentales el cuerpo es signo del individuo en tanto se convierte en el lugar de su distinción o diferenciación, a la vez que se disocia del mismo a causa de la herencia dualista cartesiana que mantiene su vigencia en la actualidad. De esta manera, concibe al cuerpo occidental como el lugar de la censura, que desde el análisis moderno implica la ruptura del sujeto con los otros, con el cosmos y consigo mismo. A su vez, destaca que «el cuerpo es un tema que se presta especialmente para el análisis antropológico ya que pertenece, por derecho propio, a la cepa de identidad del hombre» (Le Breton, 2002: 8), puesto que:

[...]el análisis social y cultural del que es objeto, las imágenes que hablan sobre su espesor oculto, los valores que lo distinguen, nos hablan también de la persona y de las variaciones que su definición y sus modos de existencia tienen, en diferentes estructuras sociales. (Le Breton, 2002: 7)

María Teresa Aguilar García, en su tesis doctoral titulada *El Status del cuerpo en Occidente*, delimita un panorama abarcador de la evolución por la que ha transitado la manera de asumirse el cuerpo en la sociedad occidental. Su análisis se divide en dos partes fundamentales: el cuerpo textual y el tecnocuerpo, los cuales incluyen una profunda reflexión que comienza en la institucionalización y autonomía de la medicina como saber hasta culminar con Orlan y el teatro anatómico de la Postmodernidad. El objeto de su estudio no solo se centra en lo anterior, sino que también busca describir de qué manera se ha llegado a dichas concepciones fraguadas según los diferentes regímenes de mirada.

Aguilar García establece en su investigación que:

El estatus del cuerpo humano hoy es el de objeto, de naturaleza textual y tecnológica, afirmando su naturaleza como res extensa y exhibiendo una escritura que lo estructura internamente y que lo escribe también estéticamente en la superficie de la piel. Lo que caracteriza su estatus es pues la maleabilidad y plasticidad que exhibe, incapaz de ser encerrado ya en un sexo, en una raza, en una clase o en una anatomía humana fija que definan categorialmente su naturaleza pura; esta ya no se revela de manera orgánica sino híbrida, superando así el paradigma precedente e inaugurando otro basado en la información y el código. (Aguilar, 2006: 19)

Una de las propuestas metodológicas más actualizadas es la de Mari Luz Esteban (2004), desarrollada en su libro *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. La autora propone la descripción y análisis de lo que ella llama *itinerarios corporales*, entendidos

como procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en los que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas estas como prácticas corporales. El cuerpo es así entendido como el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales. (Luz, 2004: 54)

En su libro profundiza en la descripción y análisis de los itinerarios corporales, con lo que pretende abordar de una manera diferente, la experiencia corporal y social al considerar a los sujetos como agentes y no como víctimas de la cultura corporal hegemónica en Occidente.

Entre los estudios más vigentes que integran lo corporal a nociones semióticas, se encuentran las precisiones realizadas por José Enrique Finol (2008), quien propone el desarrollo de una semiótica del cuerpo como disciplina en formación. Al respecto, plantea que:

[...]el cuerpo está dotado de su propia morfología y de su particular imagen, de sus propios olores y texturas, de sus sabores y sonidos, de sus colores y densidades, de su propia historia y de su específica memoria, capaz, finalmente, de construir su particular sintaxis con otros cuerpos. (Finol, 2008: 385)

Sus principales aportes radican en la conceptualización de la *corposfera* como «el conjunto de los lenguajes que se originan, actualizan y realizan gracias al cuerpo, entendido este como un complejo semiótico de numerosas posibilidades que requieren de una visión fenomenológica para su mejor comprensión» (Finol, 2014: 184).

Para Finol, la *corposfera* es una parte de la *semiosfera* propuesta por Iuri Lotman (definida como *continuum* ocupado por formaciones semióticas de diversos tipos y que se hallan en diversos niveles de organización), y abarca todos los signos, códigos y procesos de significación en los que, de modos diversos, el cuerpo está presente, actúa, significa. En los últimos años ha desarrollado, primordialmente, la línea conceptual del cuerpo como producto mercantil, como fenómeno mediático despojado de todo poder de raciocinio que se halla sujeto al sistema generador de marcas de la sociedad consumista actual.

En el artículo «Postmodernidad y crisis de identidad», de Miguel Rodrigo Alsina y Pilar Medina Bravo (2003), se señala que el individuo de la sociedad postmoderna no posee una etiqueta identitaria de forma insoslayable, sino que él mismo la construye a manera de acto creativo a lo largo de su vida. En dicho acto de creación se recogen, adaptan, conocen e incorporan diversos modelos y facetas en dependencia de las posibilidades culturales

que le ofrece la sociedad en que vive. De igual forma se establece que el pensamiento dicotómico occidental privilegia la construcción de identidades por oposición, lo que conlleva a que el individuo sea algo y no-algo al mismo tiempo; consecuentemente, la identidad como totalidad se hace imposible y su esencia debe aceptarse como más fluida y ambigua.

A su vez, el artículo «Los anclajes de la identidad personal», de Juan Carlos Revilla (2003), desarrolla la idea de que, ante la proclamada disolución de la identidad personal por los autores postmodernos, existen una serie de elementos que impiden su disolución absoluta y que anclan al sujeto, aunque de forma polémica y cambiante. Para este investigador, uno de los principales elementos que anclan la identidad es el cuerpo, ya que considera que, en tanto somos seres corporeizados, los criterios que asignan la identidad son la continuidad corporal, la apariencia física y la localización espacio temporal. El autor se centra en la capacidad de agencia que posee el cuerpo y asume que el mismo permanece en oposición a la variabilidad y heterogeneidad de la identidad actual, a la cual controla y de cuyo proyecto forma parte.

Finalmente, Carolina Sánchez-Palencia, en *De cuerpo presente: prótesis, pliegues y la nueva carne*, considera al cuerpo como el referente más inmediato y cotidiano, tradicional soporte de la identidad, el cual se manifiesta en la forma que nos representamos el mundo y a nosotros mismos ante el mundo. La autora considera que las características de la sociedad postmoderna obligan a repensar el cuerpo en su dimensión simbólica, ya que en el nuevo escenario que se presenta cada persona puede añadir su propio signo de identidad a través de la manipulación de lo anatómico, que se convierte en materia transformable para la persona que lo habita. Al realizar el análisis del contexto postmodernista y reflexionar sobre el papel del cuerpo dentro de este, Sánchez-Palencia considera que:

Podemos decir que estamos asistiendo a un cambio de paradigma en el que el cuerpo postmoderno pasa de ser «lugar de la identidad» (entendiendo identidad como concepto ontológico y referido a las esencias, a los significados fijos e inmutables) a «escenario de la performance» (entendiendo performance como ejercicio de provisionalidad, precariedad, mutabilidad). Otra manera de ver esta transición es a partir del cuerpo como signifiante (es decir, síntoma y sustento de la raza, el género, la clase, la nacionalidad, la sexualidad, etc.) para llegar a un cuerpo des-significado de sus antiguas esencias y re-significado por las nuevas tecnologías y nuevos soportes. (Sánchez-Palencia, 2011)

CONCLUSIONES

La idea del no-lugar, de definir al cuerpo mediante la negación y la carencia, a través de su vaciamiento, cobra pleno sentido en el contexto postmodernista, donde lo irracional posee lógica y las paradojas se aceptan como parte natural de las distopías personales. La sociedad occidental, tan vinculada al fenómeno de lo veloz y lo espectacular, conecta la

experiencia cotidiana hacia los no-lugares, por lo que, en los últimos años, desde esta perspectiva, el ámbito intelectual se ha enfrascado en el estudio del cuerpo, de sus diversos puntos de vista y configuraciones, de su relación con la creación de la identidad y de los entramados que conforma en la Modernidad y Postmodernidad.

REFERENCIAS

- AGUILAR, M. (2006). *El status del cuerpo en Occidente*. (Tesis Doctoral). Departamento de Filosofía, U.N.E.D.
- AUGÉ, M. (2000). *Los «no lugares», espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- AYÚS, R., EROZA, E. (2008). El cuerpo y las ciencias sociales. *Revista Pueblos y Fronteras digital*, 4(2).
- CÁMARA, M. (2009). *Uso, figuraciones y efectos del cuerpo en la literatura brasileña (1960-1980)*. FILO. URL: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1592>
- CANO, L. (2002). El postmodernismo. Temas y tesis fundamentales. En, P. GUADARRAMA, *Filosofía y Sociedad*, Tomo I, Editorial Félix Varela, La Habana.
- DIZ, C. (2015). *Políticas y tácticas del cuerpo: Retablos de la ciudad activista*. (Tesis Doctoral). Departamento de Humanidades, Universidad de A Coruña.
- ESTEBAN, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. España: Ediciones Bellaterra.
- FINOL, J. E. (2008). Discurso, Isotopía y Neo-narcisismo: Contribución a una Semiótica del Cuerpo. *TELOS. Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 10 (3), 383-402.
- FINOL, J. E. (2009). El cuerpo como signo. *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, (1), enero-abril.
- FINOL, J. E. (2014). Antropo-Semiótica y Corposfera: Espacio, límites y fronteras del cuerpo. *Opción*, 30 (74), 154-171.
- FUENTES, E. (2016). *El cuerpo de la mujer en la poesía martiana*. (Tesis de Licenciatura). UCLV, Santa Clara, Cuba.
- LE BRETON, D. (2002): *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- PORTER, R. (1996). Historia del cuerpo. En: P. BURKE, *Formas de hacer historia*. (258-269). Editorial Alianza Universidad, Madrid.
- PROBYN, E. (2005). Body. En: G. RITZER (editor), *Encyclopedia of Social Theory*, Vol. 1, University of Maryland.
- REVILLA, J. C. (2003). *Los anclajes de la identidad personal*. Athenea Digital, Revista de Pensamiento e Investigación Social, (4), 54-67.
- RODRIGO, M., Y MEDINA, P. (2003). Postmodernidad y crisis de identidad. *IC, Revista Científica de Información y Comunicación*, (3), 126-145.
- RODRÍGUEZ, M. (2009). La deconstrucción del cuerpo femenino: el no-lugar en el arte. (Ponencia). *I Congreso Universitario Andaluz «Investigación y Género»*. Sevilla.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, C. (2011). *De cuerpo presente: prótesis, pliegues y la nueva carne. Representaciones de la Postmodernidad: una perspectiva interdisciplinar*. Sevilla: ArCibel Editores.

TREJO, L.B. (2015). *Corrientes y perspectivas en las investigaciones de la antropología del cuerpo: Acercamiento a su historia y desarrollo*. (Tesis de Maestría). Universidad «Carlos Rafael Rodríguez», Cienfuegos, Cuba.

DATOS DE LAS AUTORAS

Azalea de la C. Santos Pulido (Cienfuegos). Licenciada en Letras por la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Máster en Estudios históricos y de antropología sociocultural cubana. Profesora asistente del Departamento de Licenciatura en Educación, especialidad Español-Literatura en la facultad de Humanidades de la Universidad de Cienfuegos «Carlos Rafael Rodríguez».

Eimy Fuentes Leandro (Cienfuegos). Licenciada en Letras por la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Máster en Estudios históricos y de antropología sociocultural cubana. Profesora instructora del Departamento de Licenciatura en Educación, especialidad Español-Literatura en la facultad de Humanidades de la Universidad de Cienfuegos «Carlos Rafael Rodríguez».

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO: SANTOS, A. Y FUENTES, E. (2023). Postmodernidad, cuerpo e identidad. Las distopías del no-lugar corporal. *Islas*, 65(205): e1242.



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.

ISSN: 0042-1547 (papel) ISSN: 1997-6720 (digital)

<http://islas.uclv.edu.cu>